

KATERINA SILVANOVA Y ELENA MALISOVA

UN VERANO EN EL CAMPAMENTO



Besties

BOOKS

KATERINA SILVANOVA Y ELENA MALISOVA

UN VERANO EN EL CAMPAMENTO

Traducción de Víctor Ruiz Aldana



Título original: *Лето в пионерском галстуке*

© Elena Malisova y Katerina Silvanova, 2021

The publication of the book was negotiated through MEOW LITERARY AGENCY

© por la traducción, Víctor Ruiz Aldana, 2024

Traducido a partir de la traducción inglesa, © *The Summer in a Red Scarf* por Anne O. Fisher

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Ediciones Martínez Roca, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

© del mapa del interior, Vera Golosova

© de las imágenes del interior, Nataliya Burma

Primera edición: septiembre de 2024

ISBN: 978-84-270-5308-3

Depósito legal: B. 12.067-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conflicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



EL REGRESO A LA GOLONDRINA



Sí, llevaba una pala en el maletero. ¿Y por qué no? Al fin y al cabo, es lo más lógico en Rusia. ¿Y si es invierno? ¿Y si hay una capa gruesa de nieve? Sin embargo, y aunque aún estuvieran en septiembre, había otras muchas razones: podía quedarse atascado en el barro, o en un hoyo. ¿Les sorprenderían también las botas de goma? ¿Y el líquido limpiaparabrisas?

Al encontrarse con las miradas intrigadas de la policía de tráfico, Yura no sabía si le estaban tomando el pelo o no. Por favor, eran de la zona. ¿Cómo era posible que no lo entendieran?

Tras atender sus explicaciones, los policías asintieron al unísono, como dos tontainas de aquellos viejos dibujos soviéticos de Vovka en el reino de cuento de hadas, pero no dejaron que se marchara. Sabían que era extranjero por el carné de conducir, y saltaba a la vista que querían sacarle algo de dinero por serlo. Como recuerdo. Y Yura no quería líos, porque la infracción de la

ley era evidente, ¿verdad? Porque había una señal, ¿verdad? Claro. Y había excedido el límite de velocidad, ¿no? Exactamente. Y, por tanto... Por tanto, había cometido una infracción. Pero ¡cómo no iba a cometerla! Una cuesta empinada y la señal del límite de velocidad abajo del todo, oculta además por la rama espesa de un álamo. Yura no la había visto, sin más, así que sonrió.

—Lo que deberían hacer es cortar esa rama, no esperar en la parte baja de la cuesta con un radar. Porque si hay un límite de velocidad inferior, por algo será. ¡Seguro que es un tramo de carretera peligroso!

Los policías de tráfico, claramente indiferentes a las cuestiones relacionadas con la seguridad vial, no mostraron demasiado entusiasmo ante aquella observación. Cortar ramas de árboles no formaba parte de su trabajo, y decirles lo que tenían que hacer tampoco formaba parte del de Yura.

Tontaina 1, el más alto, le dio varias vueltas al carné de conducir de Yura.

—Bueno, pues esto huele a multa —suspiró—. Técnicamente, hay una forma más sencilla de resolver el asunto... ¿Por qué quieres complicarte la vida?

Dentro de Yura se estaba disputando una batalla entre una conducta europea ejemplar (después de todo, se había pasado media vida en Alemania) y el sentido común. ¿Insistir en que se hiciera justicia, exigir que cortaran la rama del árbol y retiraran todos los cargos contra él? ¿O sucumbir al soborno y ahorrarse tiempo? La batalla fue breve. Prevaleció el sentido común. De hecho, Yura no tenía ninguna intención de complicarse la vida.

—¿Cuánto?

Los hombres intercambiaron sendas miradas y entornaron los ojos.

—¡Quinientas grivnas!

Yurka se quedó paralizado. Aquello era la mitad del salario mensual en Ucrania. Estaba claro que lo tomaban por tonto. Empezó a buscar la cartera, momento en que los firmes policías relajaron la postura e incluso comenzaron a sonreír. Le preguntaron con amabilidad adónde se dirigía, y se mostraron muy dispuestos a señalarle el camino para que el «*herr* extranjero» no se perdiera por accidente y acabara en algún callejón sin salida.

—¿Por dónde se va al pueblo de Horetivka? Aparece en el mapa, pero la carretera no. Lo recuerdo.

—¿Horetivka? —preguntó el alto—. Hace mucho que dejó de ser un pueblo. Ahora es una urbanización privada.

—Vale, ya no es un pueblo, pero sigue habiendo forma de llegar hasta allí, ¿no?

—Claro que sí, lo que no sé si podrás entrar. Es una comunidad vallada con una caseta de vigilancia. No dejan entrar a cualquiera.

Yura caviló. Antes de la conversación con los policías, había trazado un plan sencillo: llegar a Horetivka y atravesar los campos del koljós hasta el río. Sin embargo, ahora por lo visto no podría entrar en el pueblo... Tal vez debería darle una oportunidad de todas formas. ¿Y si llegaba a un trato con el guardia? Yura negó con la cabeza. No, perdería demasiado tiempo si aquello no funcionaba. Su única opción era llegar a través del campamento.

—Vale, ¿y cómo llego a la Golondrina?

—¿Adónde?

—El Campamento para Pioneros la Golondrina-Zina Portnova. Estaba por aquí en época soviética.

Al tontaina más bajo se le iluminó el rostro.

—Ay, sí, el campamento. Sí, estaba por aquí...

El otro tontaina, el más alto, fijó la mirada en Yura.

—¿Y para qué quieres ir allí?

—Nací en la URSS, ¿saben?, y fui a aquel campamento. Pasé allí toda mi infancia. *Das Heimweh, Nostalgie...*

—Se interrumpió—. ¡Nostalgia!

—Ya, claro, comprensible. —Los tontainas se miraron mutuamente—. ¿Tienes un mapa?

Yura le entregó a uno de ellos el mapa y lo observó atentamente mientras el hombre deslizaba un dedo por encima.

—Tienes que seguir la R-295 hasta llegar al cartel del pueblo de Richne. Unos veinte metros después, gira a la derecha. Toma ese camino y continúa hasta el final.

—Se lo agradezco.

Yura recuperó el mapa, recibió un «que pases un buen día» a cambio de su billete de cien grivnas y se puso en marcha.

—¡Lo sabía! ¡Mira que sabía que me pararían al menos una vez! —gruñó para sí mismo, pisando a fondo el acelerador.

No reconocía absolutamente nada de aquella zona, de modo que dependía por completo del mapa para ubicarse. Veinte años atrás, los campos junto a la carretera estaban cubiertos por una maleza oscura salpicada de girasoles, pero ahora el pueblo se extendía poco a poco, sin prisa pero sin pausa. Estaban talando los bosques, nivelando los campos y vallando zonas de cultivo. En las obras tras las rejas se divisaban grúas, tractores y retroexcavadoras. El horizonte que Yura recordaba limpio e increíblemente lejano tenía ahora un aspecto lúgubre y abigarrado, y el paisaje al completo que se ex-

tendía más allá estaba lleno de dachas y urbanizaciones miraras donde mirases.

Tras dejar atrás el cartel del pueblo de Richne, Yura giró a la derecha, tal como le habían dicho. La carretera asfaltada terminaba sin previo aviso, como si se hubiera desprendido. El coche dio un salto. La pala del maletero repiqueteó con estruendo, como si estuviera viva y le recordara su presencia.

No tenía recuerdo alguno de cómo llegar al campamento. La última vez que vio la Golondrina fue hace más de veinte años, y ni siquiera entonces había tenido que conducir hasta allí: siempre lo habían llevado. Era divertidísimo avanzar en una columna de autobuses Ljinskiy idénticos, blancos con una franja roja, todos coronados por banderas y carteles que rezaban «Niños». Era especialmente divertido ir montado en el primer autobús, justo detrás del coche de policía oficial, y poder ver como se abría la carretera y el cielo, y escuchar las bocinas estridentes, y cantar canciones infantiles con los demás. Hasta que llegó el momento en que se limitaba a mirar por la ventana con desgana, porque ya era demasiado mayor para cantar aquellas tonterías. Yura recordaba su última temporada en el campamento, cuando, en lugar de cantar, solo escuchaba: «Avanzamos con banderas y canciones, cantamos, aplaudimos y pisoteamos. Así se dirige nuestro intrépido destacamento al campamento para pioneros...». Sin embargo, veinte años más tarde, lo único que oía era el tintineo de la pala rebotando por el maletero. Maldijo entre dientes los surcos y baches. Rezando por no quedarse atrapado en ningún sitio, levantó la vista no hacia el cielo azul, sino hacia unos nubarrones.

—¡Por favor, no me empapes ahora!

Había sopesado y valorado su plan de acción con detenimiento. Saldría de día, pensando que llegaría al pueblo cuando aún hubiera luz, pero entonces esperaría hasta entrada la noche para colarse en el campamento. Lo había previsto todo: era septiembre, de modo que la última temporada del año ya habría terminado y no quedaría ningún niño, y el campamento no era una base militar, así que solo habría un vigilante al que Yura podría esquivar sin demasiado problema; por la noche, en aquellos bosques no se veía nada. E incluso si fuera descubierto, ya se le ocurriría algo. Sabía que, en un primer momento, el guardia, que sería un anciano, se asustaría de aquel desconocido que acechaba en los matorrales, pero al final comprendería que aquel chaval, a pesar de cargar con una pala al hombro, era un tipo normal, no un alcohólico ni un pordiosero, y llegarían a un acuerdo.

Los Pioneros, la Organización de las Uniones de Pioneros Vladímir Lenin, los pañuelos rojos, la calistenia, las asambleas, la natación, las hogueras... Había pasado una eternidad. Todo había cambiado: ahora era Ucrania, no la URSS; un país distinto, himnos distintos, eslóganes y canciones distintos... Los niños no llevarían pañuelos ni chapas, pero un niño es un niño y un campamento es un campamento. Y pronto, muy pronto, Yura volvería a pisar aquel lugar y recordaría los momentos más importantes... y a la persona más importante de su vida. Tal vez incluso descubriera lo que le había pasado y quizá, solo quizá, volvería a ver a esa persona, su única amistad verdadera.

No obstante, cuando se detuvo junto al cartel que tanto conocía, vio que se aguantaba a duras penas y que estaba tan desgastado que casi no se distinguían las letras. Yura se encontró con lo que más temía: no quedaban

más que restos de la reja que rodeaba el perímetro del campamento. Solo se conservaban los postes de metal. El hermoso, e incluso magnífico, portón rojo y amarillo estaba roto. Una de las puertas seguía pendiendo de unas bisagras oxidadas y destrozadas, pero la otra yacía en el suelo y, a juzgar por los hierbajos que la cubrían, debía de llevar así unos cuantos años. La caseta del guardia, antaño pintada con rombos azules y verdes, estaba hecha una ruina; la pintura llevaba mucho tiempo desconchada, la lluvia había podrido las paredes de madera y el techo se había venido abajo.

Yura dejó escapar un largo suspiro. La devastación había llegado también allí. En lo más profundo de su ser ya lo sospechaba; sabía lo que le había ocurrido a Ucrania tras el colapso de la Unión Soviética. Al fin y al cabo, vivía en Alemania, no metido en un agujero, y sabía que habían cerrado fábricas a diestro y siniestro. Y, como todos los campamentos, este también estaba asociado a una de esas fábricas, en la que su madre trabajaba como ingeniera. Pero Yura no había querido ni imaginarse que la Golondrina hubiera corrido la misma suerte: era el lugar más feliz de su infancia, un recuerdo radiante como un rayo de sol. Allí mismo dejó más de la mitad de su ser. Pero ahora notaba como se difuminaba el recuerdo, igual que la pintura de la caseta, cuyos desconchones se precipitaban sobre los hierbajos altos.

La inspiración que había sentido durante el trayecto hasta allí había desaparecido de golpe y no quedaba más que tristeza y nostalgia, un estado de ánimo que coincidía con el mal tiempo y la suave llovizna que caía del cielo.

Cuando regresó al coche, Yura se cambió las botas, sacó la pala del maletero y se la echó al hombro. Pasó

por encima de los paneles de metal oxidado que en otro tiempo conformaron la puerta y entró en el campamento: el Campamento para Pioneros la Golondrina, en honor a la heroína pionera Zina Portnova.

Cada paso que daba hacia delante lo llevaba de vuelta al pasado, hacia ese pasado que recordaba a medias, a los días felices en que estuvo enamorado. Pisaba los adoquines agrietados y oscuros de la plaza principal mientras el bosque, agitado por la lluvia, susurraba a su alrededor, pero en su cabeza brillaba una luz solar moteada que titilaba más y más rápido por la avenida principal del viejo campamento y lo arrastraba hasta el último verano de su infancia.

Se detuvo frente a los restos de los parterres donde se cruzaban los caminos viejos. El sendero al comedor serpenteaba hacia la izquierda, el de los barracones nuevos, hacia la derecha, y justo delante comenzaba lo que una vez fue la ancha avenida de los Héroes Pioneros, que conducía hasta la plaza principal en el centro del campamento. La mayoría de los adoquines estaban rotos y amontonados en pilas sin concierto, pero había un espacio minúsculo junto a los parterres donde los caminos se cruzaban que seguía intacto.

—¡Aquí! ¡Fue justo aquí!

Yura sonrió al recordar la madrugada en que, mientras el campamento dormía, se había escabullido con una tiza y había dibujado la letra más hermosa del mundo: V. En aquel momento, de camino al desayuno, los niños habían intentado adivinar la forma que rodeaba la letra.

Rilkin, del segundo destacamento, donde estaban los chicos de catorce años, soltó:

—¡Es una manzana!

—Pero ¿qué clase de manzana comienza por uve? ¿Vadimovka, quizá? —sugirió Vasia Petlitsin.

—¿Vadimovka? ¡Más quisieras! ¡Es Vasiugán! —replicó Rilkin. Miró a Vasia y se rio—. ¡Vasia-Vasiugán! Vaska se ruborizó.

A ninguno se le ocurrió pensar que la forma que rodeaba la letra en realidad no era una manzana, sino un corazón. No le había quedado demasiado bien, porque mientras Yurka lo dibujaba había oído aquellos pasos tan queridos para él entre los ruidos nocturnos, y se había avergonzado tanto que la mano le había empezado a temblar. Y eso fue lo que le vino a la cabeza: una manzana.

Yura apartó un pedazo de adoquín con la bota y miró alrededor. El tiempo no había tenido piedad ni con la avenida ni con los parterres. Por el suelo había trozos de metal retorcido y oxidado, los restos del marco del portón, así como maderos podridos y pedazos de madera y ladrillos rotos... ¡Ladrillos rotos! Recogió el más afilado y se puso de cuclillas. En un movimiento firme, dibujó una V grande y hermosa con florituras. Luego, la encerró dentro de un corazón, otra vez torcido y del revés, pero era suyo. De Yurka. El Yura adulto, más cínico, reprimió su escepticismo y le hizo mentalmente un gesto de cabeza a su yo joven: por fin había restaurado lo que debía permanecer allí.

Sus recuerdos lo llevaron a cruzar la avenida de los Héroes Pioneros. En la distancia, distinguió tres escalones anchos que subían hasta la plaza principal del campamento. El avanzado estado de deterioro de la avenida le recordó a un cementerio. Y, de hecho, así se sentía: deambulando por un camposanto viejo y abandonado.

Estatuas y pedestales cubiertos de musgo sobresalían sin ton ni son entre la maleza, como lápidas. En el pasado, había habido siete estatuas orientadas hacia el oeste, y Yura, como tantos miles de pioneros, no solo se sabía los nombres y logros de aquellos siete niños recordados por sus hazañas en la Segunda Guerra Mundial, sino que también se esforzaba por ser como ellos y seguir su ejemplo. Pero ahora, más de veinte años después, lo había olvidado todo, incluso sus rostros. El único que reconocía, no sin dificultades, era el de Lionia Gólikov.

Yura siguió recorriendo la avenida deteriorada. El único rastro del camino de cemento claro y uniforme que había existido allí eran los restos grises entre la broza. Yura continuó, dejando atrás pedestales derrumbados y observando con lástima los brazos, piernas y cabezas de escayola que sobresalían por la maleza. Al posar la mirada sobre los deslucidos torsos sin vida con armaduras de metal que asomaban, se fijó en las placas desgastadas. Marat Kazei, Valia Kotik y Tolia Shumov.

Pero allí, justo al lado de los escalones del final de la avenida, el tablón de honor permanecía intacto. En aquella época, estaba protegido por un marco rectangular acristalado, pero del cristal apenas quedaban ya unos pocos trozos punzantes en las esquinas. Con todo, y gracias a que el marco sobresalía ligeramente, aún podían leerse, aunque con dificultad, algunos de los mensajes, e incluso quedaban tres fotografías en blanco y negro.

—Tercera temporada, agosto de 1992: logros y distinciones —leyó Yura en la parte superior del tablón. Así que aquella fue la última temporada. ¿De verdad el campamento solo había durado seis años más abierto después de que él se marchara?

Al subir los tres escalones que llevaban a la plaza principal, el corazón le dio un vuelco de pura añoranza. Lo peor no es que lo nuevo sustituya lo viejo, sino que lo viejo se olvide y abandone. Pero aquello era mucho peor, porque el que lo había olvidado y abandonado todo había sido él, por mucho que hubiera jurado y perjurado que recordaría a sus héroes de la infancia, a sus compañeros pioneros y, sobre todo, a V. ¿Por qué no había pisado Horetivka hasta ahora? ¿Por qué había tardado tanto en regresar? ¡Al cuerno con las máximas de Lenin, las banderas rojas, los juramentos que lo habían obligado a pronunciar! ¡Al cuerno todo aquello! ¿Cómo había podido romper la promesa que le había hecho a su única amistad verdadera?

Yura tropezó con una parte rota y desgastada de un cartel de madera que rezaba: «Nuestro futuro es radiante y espléndido».

—Muy radiante no es, ni mucho menos espléndido —masculló, y subió el escalón que le quedaba.

La plaza principal, el lugar más importante de todo el campamento, mostraba el mismo aspecto decrepito que el resto. Estaba llena de basura y hojarasca. La hierba se abría paso entre los agujeros del hormigón, buscando la luz del sol. Justo en el centro, rodeada por hormigón y rocas resquebrajadas, yacía una estatua decapitada: el monumento a Zina Portnova, heroína pionera de la Unión Soviética, la persona a la que debía su nombre el campamento. Formaba parte de un grupo de partisanos llamados los Jóvenes Vengadores, con los que espió, distribuyó panfletos, sabotó fábricas y envenenó una fortaleza enemiga entera. Los alemanes acabaron capturándola e interrogándola, pero ella consiguió arrebatarse la pistola a su captor y escapar des-

pués de dispararle. Sin embargo, volvieron a capturarla. La torturaron y la ejecutaron en 1944, seis semanas antes de cumplir los dieciocho. Yura reconoció a Zina y maldijo entre dientes. Aunque no fuera más que una estatua de yeso, le daba lástima. Al fin y al cabo, había logrado grandes hazañas. ¿A quién se le ocurriría hacerle algo así? Intentó levantarla, pero no pudo; del lugar en que las piernas se habían partido a la altura de las espinillas sobresalían unas barras de hierro oxidadas. Apoyó el torso de la estatua contra su pedestal y la cabeza a su lado, y se giró para observar el único elemento de la plaza que permanecía intacto: el asta vacía, que se alzaba orgullosa hacia el cielo, igual que veinte años atrás.

Yura llegó al Campamento para Pioneros la Golondrina con once años. La experiencia le gustó tanto que sus padres comenzaron a apuntarlo todos los años. Adoraba el campamento cuando era pequeño, pero año tras año, cuando volvía para otra temporada, se alegraba menos. Allí no cambiaba nada. Todos los años se encontraba con los mismos caminos trillados, los mismos líderes de destacamento que les asignaban las mismas tareas, los mismos pioneros siguiendo los mismos horarios. Siempre igual. Los clubes: maquetas de aviones, costura, arte, deportes y cibernética. El río donde el agua nunca bajaba de los veintidós grados centígrados. La cocinera del campamento, Svetlana Víktorovna, y su sopa de alforfón de los viernes al mediodía. Hasta las canciones que sonaban en la pista de baile se repetían todos los años. Y su última temporada había comenzado como todas las demás: con una asamblea.

Los niños comenzaron a reunirse en la plaza principal, en el lugar que le correspondía a cada destacamento. En los rayos del sol se percibían motas de polvo, y el ambiente estaba animado. Los pioneros ocuparon sus sitios, contentos de ver de nuevo a viejos amigos. Los líderes de destacamento dieron órdenes a sus subordinados y examinaron la plaza con mirada seria y apenas un brillo sutil en los ojos. El director del campamento se pavoneaba con arrogancia: aquella primavera habían logrado remodelar cuatro dormitorios enteros e incluso estaban a punto de terminar los nuevos barracones. Pero Yurka seguía siendo el que sobraba, el único al que no le apetecía participar de la alegría y los juegos, el único que estaba harto del campamento. Le resultaba hasta ofensivo, en cierto modo. Y no era capaz de quitarse aquella sensación de la cabeza.

No, un momento... Sí había cambiado algo, después de todo. Un nuevo líder de destacamento esperaba a la derecha del asta, en el centro del quinto destacamento. Llevaba unos pantalones cortos azul marino, una camisa blanca, un pañuelo rojo, una gorra roja y gafas. Debía de ser estudiante universitario, quizá incluso de primer año, el líder de destacamento más joven e inquieto. La brisa suave le alisaba los mechones de pelo rebeldes que asomaban de la gorra carmesí; tenía las piernas llenas de picaduras de mosquito recién rascadas, y arrastraba la mirada por las nuca de los niños mientras contaba, moviendo los labios sin pensar:

—Once..., doce..., tre-trece.

Debía de ser Volodia; Yurka había oído que se hablaba de él en el autobús.

Al toque de corneta, las manos se levantaron en el saludo típico de los pioneros y el equipo administrativo

del campamento ocupó el escenario. El aire resonaba con palabras de bienvenida y se sacudía con las mismas soflamas sobre los pioneros, el patriotismo y los ideales comunistas que había oído miles de veces. Yurka lo conocía tan bien que podría haberlo recitado palabra por palabra. Se esforzó por no resoplar, pero no fue capaz. No se fiaba de la sonrisa de la especialista pedagógica superior, ni tampoco de su mirada ardiente y sus discursos acalorados. Yurka sabía que no había nada real en ellos, ni tampoco en Olga Léonidovna, porque, de lo contrario, ¿qué sentido tendría repetirlo todo una y otra vez? La sinceridad siempre encuentra palabras nuevas. En esencia, Yurka tenía la sensación de que todos los habitantes del país vivían por inercia, recitaban eslóganes y hacían juramentos más por costumbre que por convicción. Toda aquella pasión no parecía más que teatro. Se sentía como si solo él fuera real, mientras que todos los demás, sobre todo Volodia, fueran robots.

Porque, por favor, ¿cómo iba alguien así, con ese aspecto de película, a ser una persona real? Tan perfectamente perfecto, el niño bonito del Komsomol, ¡como si lo hubieran cultivado en un invernadero cubierto por una campana de cristal! No, en serio, parecía salido de un póster del Partido Comunista: alto, esbelto, calmado, con hoyuelos en las mejillas, la piel reluciente bajo el sol...

—Lo único que le falla es el pelo —masculló Yurka con malicia—: no es rubio.

No era rubio, pero en cuanto se lo peinó, el cabello le quedó impecable, sin un pelo fuera de sitio. No podía decirse lo mismo de la maraña que tenía él.

«Como buen robot que es —razonó Yurka, atusándose el pelo avergonzado—. La gente normal se despei-

na con el viento, pero mira a ese chico: solo le mejora. Tal vez debería apuntarme a cibernética después de todo...»

Yurka estaba tan ensimismado, tan sumido en sus observaciones sobre Volodia, que estuvo a punto de perderse la parte más importante: la ceremonia de izado de la bandera. Menos mal que la chica que tenía al lado se enderezó y se alisó la camisa. Él también alzó la vista hacia la bandera y cantó:

—¡Que se eleven las hogueras en las noches oscuras! Los pioneros somos los hijos de los trabajadores.

Cantó lo que se esperaba de él, pero después de las últimas palabras, «¡siempre preparados!», volvió a posar la mirada sobre Volodia y se quedó inmóvil como una estatua hasta que el quinto destacamento comenzó a romper filas. Su líder se tocó a tientas el puente de la nariz, en un intento por levantarse las gafas, mientras susurraba:

—Doce... ¡Ay! Tre-trece...

Luego se marchó con el resto de los niños.

Yura sacudió la cabeza con cara larga y volvió a escudriñar el sitio. El tiempo es implacable con todo y con todos; incluso aquella plaza, tan cargada de significado para él como el lugar en que vio por primera vez a V, estaba invadida por los árboles. Diez años más tarde, sería imposible abrirse paso entre las ramas densas y de hojas brillantes de los arces, y los restos de escayola de los pioneros que asomaban entre la maleza les darían un susto de muerte a los exploradores que pasaran por allí. O peor: el desarrollo conquistaría también aquella zona y el campamento acabaría arrasado por un bulldozer y

aquel lugar, tan querido para él, enterrado bajo una urbanización para las élites.

Yura se acercó a la esquina oeste de la plaza, al sendero por el que los líderes de los destacamentos más jóvenes acompañaban a sus subordinados a los dormitorios que les correspondían tras la asamblea. Para él, sin embargo, el camino se extendía hasta el río, pero se quedó donde estaba y buscó un sendero oculto entre la maleza. Fiándose más de sus recuerdos que de lo que sus ojos le decían, contempló el cruce: a la izquierda divisaba las pistas de atletismo y las canchas, y a la derecha, un poco más allá, veía los restos de los dormitorios infantiles. No obstante, Yura se volvió hacia la plaza y cruzó en la dirección contraria, hacia el escenario al aire libre y el cine. Caminaba despacio mientras observaba los árboles altos, sintiéndose como en un sueño extraño. Estaba bastante convencido de que reconocía la zona: el cobertizo de los contadores estaba en aquella pequeña colina, y si continuaba andando terminaría en el almacén. Mientras rememoraba aquellas viejas instantáneas, volvió a experimentar esa añoranza dulce y cálida que tanto conocía. Pero entonces percibió también una nota amarga, pues ahora todo le resultaba extraño y ajeno.

No tardó en llegar al escenario, el lugar donde la historia de Yura, la historia de los dos, había comenzado. Había sido una historia breve, pero tan brillante que su luz había abrigado una buena parte de su vida.

La pista de baile y el escenario, en parte cubiertos por una concha acústica, estaban delimitados por una barandilla en mal estado. Antes el lugar se encontraba decorado con banderas rojas y pósteres coloridos en los que aparecían eslóganes como «Gloria al Partido Comunista de la Unión Soviética» y «Somos los jóvenes le-

ninistas», aunque ya eran viejos cuando Yura vivía allí. En el suelo vio un estandarte naranja, sucio y raído, con un poema escrito en él. Agachó la vista hacia los harapos que tenía bajo los pies y leyó lo que aún se veía: «Cuando te anudes el pañuelo, hazlo con educación...». Se dio la vuelta. De la parte derecha del escenario solía colgar una copia de los horarios del día. Ahora la única línea que había sobrevivido informaba de que a las cuatro y media era el momento de las labores cívicas. A la izquierda, en el borde de la pista de baile, el mirador de Yurka seguía en pie: un magnífico manzano con un tronco triple. En el pasado lo adornaban frutos grandes y jugosos y guirnalda de luces, pero ahora estaba seco, retorcido y resquebrajado. Si alguien intentara escalarlo, se rompería. Yura ya se cayó desde la copa cuando, veinte años atrás, su líder de destacamento le ordenó que colgara las guirnalda de luces multicolor.

Aquella había sido su primera tarea, la que le asignaron justo al comienzo de la temporada. Yurka no sabía lo que le esperaba.

Después de la asamblea inaugural, lo trasladaron a su dormitorio. Allí, en cuerpo pero no en espíritu, asistió a la reunión de destacamentos, donde delegados de cada pelotón se reunían para planificar la próxima temporada del campamento. Tras la comida, se fue directamente a las pista de atletismo para encontrarse con los chicos nuevos y buscar a las personas que conocía de temporadas anteriores. Los altavoces daban la bienvenida a los nuevos, informaban de que no se preveían precipitaciones copiosas a lo largo de la semana siguiente y los exhortaba a mantener un estilo de vida ac-

tivo y sano y a aprovechar la luz del sol. Yurka reconoció al instante la voz sonora de Mitka, un buen cantante y guitarrista, que el año pasado también había leído los avisos por los altavoces del campamento.

Distinguió algunos rostros familiares entre los nuevos campistas. Polina, Uliana y Ksiusha charlaban junto a la pista de tenis. Yurka las había visto en la asamblea: volvían a coincidir en el mismo destacamento por quinto año consecutivo. Por alguna razón, Yurka y las chicas se caían mal desde el primer día. Las recordaba como unas mocosas de diez años, aunque ya habían crecido y madurado hasta convertirse en mujeres. Pese a todo, no se veía capaz de tratarlas con simpatía, y seguía guardándoles rencor a aquel trío de cotorras chismosas.

Vanka y Mija, compañeros de destacamento de Yurka, lo saludaron a la vez. Los tres eran uña y carne. Yurka los saludó con la cabeza, pero no se acercó a ellos. Comenzarían a bombardearlo con preguntas sobre cómo le había ido el año, y él no tenía ningún interés en responder «Regular, como siempre» y luego explicarles por qué. Los conocía desde que eran unos críos, como al trío de chicas. Pero aquellos dos eran los únicos con los que hablaba, si es que hablaba de verdad con alguien. Vanka y Mija eran unos pardillos, dóciles y llenos de granos, pero eran divertidos. No eran precisamente un imán para las chicas, pero Yurka se había ganado su respeto con los cigarrillos que compartía con ellos a veces al escabullirse de noche, ocultos detrás de la valla del campamento.

Masha Sidorova estaba cerca, y buscaba entre la multitud con desconcierto. Yura la conocía desde hacía cuatro años. Se la tenía jurada a Polina, Uliana y Ksiusha, y era una persona condescendiente que siempre se dirigía

a Yurka con aires de superioridad. Pero el último verano comenzó a llevarse muy bien con Aniuta.

Y Aniuta era maravillosa. A Yurka le caía genial. Eran amigos, y hasta le había pedido bailar con él dos veces. Y lo mejor era que había dicho que sí ¡las dos veces! Yura adoraba los accesos de risa que tenía, y además era una de las pocas que no le había dado la espalda el año pasado, después de que...

Reprimió aquel pensamiento. No tenía ninguna intención de recordar lo que había ocurrido entonces, ni lo mucho que se había disculpado. Volvió a examinar las pistas de atletismo con la esperanza de localizar a Aniuta, pero no hubo suerte. Tampoco la había visto en la asamblea, y a juzgar por la mirada de desconcierto de Masha mientras buscaba a su amiga, no parecía que Aniuta fuera a aparecer.

Yurka le preguntó a Masha por Ania.

—Parece que no ha venido —respondió ella.

Así que él se metió las manos en los bolsillos, frunció el ceño y desanduvo el camino pensando en Aniuta. ¿Por qué no había venido? Ya fue suficiente mala suerte que se hicieran amigos cuando la temporada estaba a punto de acabar. Luego se despidieron y ya está. Aniuta había sido lo único bueno de la Golondrina aquel año. Decía que su padre tenía algún problema con el Partido o con el trabajo, y que se moría de ganas de volver al campamento, pero que no sabía si podría. Era evidente que no era un farol.

Yurka deambuló hasta el cobertizo de los contadores y les dio una patada a las ramas bajas de un lilo denso. Lo sacaba de quicio y no le gustaba el olor; era falso y se le agarraba a la nariz. Pero a falta de algo mejor que hacer, se detuvo a buscar flores con cinco pétalos. Su ma-

dre le había dicho que, al encontrar una, debías pensar un deseo y comértela, y entonces el deseo se haría realidad. Como si tuviera algo que desear. Un año atrás, aproximadamente, había tenido tanto sueños como planes, pero ahora...

—¡Kónev! —bramó a sus espaldas la voz firme de Irina, la líder del destacamento de Yurka. Apretó los dientes y echó un vistazo rápido por encima del hombro. Un par de ojos de un verde intenso se posaron con sospecha sobre los suyos—. ¿Qué haces aquí tú solo?

Hacía tres años que Irina era la líder de su destacamento. Era morena y baja, dura pero justa, y una de las pocas personas de la Golondrina con la que Yurka se llevaba bien.

Yurka agachó la cabeza de un respingo.

—Ay, MarIvanna... —comenzó con tono de súplica, sin darse la vuelta.

—¿Qué has dicho?

La llamaba María Ivánovna, el arquetipo de profesora severa, con tono jocoso, pero ese día no había funcionado. Con un débil crujido, Yurka rompió la rama del lilo del que nacía el ramo de flores más grande y espléndido. Se dio la vuelta y se lo ofreció a la líder de destacamento con una reverencia.

—Estaba disfrutando de las flores. Tome, Ira Petrovna, ¡estas son para usted!

Yurka era el único que usaba su patronímico. No se hacía idea de lo mucho que le hería los sentimientos que utilizara una forma de tratamiento tan formal con ella; Irina siempre había intentado dirigirse a los campistas con cercanía, sin formalidades, y tutearlos.

—¡Kónev! —Ira se puso roja, claramente desconcertada, pero adoptó un tono todavía más estricto—. ¡Estás

perturbando el orden público! Menos mal que he sido yo quien te ha encontrado. ¿Te has planteado qué habría pasado si te hubiera visto algún veterano?!

Yura sabía que su líder de destacamento no lo delataría. Primero, porque por alguna razón sentía lástima por él, y por eso era indulgente dentro de su inflexibilidad. Y segundo, porque los líderes de destacamento podían recibir también una buena reprimenda si sus subordinados se pasaban de la raya, de modo que trataban de resolver los problemas sin involucrar a la administración.

Ira suspiró y puso los brazos en jarras.

—Bueno, si ya has terminado de hacer el tonto, tengo un deber cívico importante para ti. Vete a buscar a Aliosha Matveyev, del tercer destacamento, el pelirrojo de las pecas. Id a pedirle dos escaleras al administrador de las instalaciones y llevadlas al escenario exterior. Una vez allí, os entregaré unas guirnaldas de luces para que las colguéis antes del baile de esta noche. ¿Entendido?

Yurka se llevó un buen chasco. Tenía pensado ir al río, pero ahora, en vez de eso, le tocaría intentar no caerse de una escalera. Pero asintió, a regañadientes. Con todo, Irina lo miró con los ojos entornados.

—¿Seguro que lo has entendido?

—Sí, María Iva... ¡Jolines! ¡Sí, señora Ira Petrovna!

Yurka se cuadró y entrechocó los tacones de las botas que no tenía.

—¡Kónev, estás sacando los pies del plato! ¡Ya acabé harta de tus bromitas la temporada pasada!

—Lo siento, Ira Petrovna. Entendido, Ira Petrovna. Delo por hecho, Ira Petrovna.

—¡En marcha, liante! ¡Muévete!

Aliosha Matveyev no solo resultó ser pelirrojo y pe-

coso, sino que, para colmo, tenía las orejas de soplillo. Tampoco era su primera vez en el campamento, y no dejaba de parlotear sobre temporadas pasadas. Saltaba de un tema a otro sin ton ni son, lanzando nombres y preguntando de cuando en cuando: «¿Conoces a fulanito? ¿Y qué me dices de menganito, te acuerdas de él?». Y los rizos anaranjados y las orejas de Aliosha no eran lo único que sobresalía, sino también sus dientes, sobre todo cuando sonreía, que era casi siempre. Aliosha, divertido y alegre, irradiaba energía y ganas de comerse el mundo. Y era peligrosamente trabajador, porque era de ese tipo de personas que podrían ahogar a un pez. Como resultado, en el campamento se lo pensaban mucho antes de asignarle hasta la más nimia de las tareas.

Colgar las guirnaldas no fue difícil. Apenas tardaron una hora en envolver los árboles de luces y alargar las mejores guirnaldas por encima del escenario. Solo les faltaba colgar unas cuantas del manzano. Yurka examinó el árbol con ojo profesional y se subió a la escalera. Quería convertir su queridísimo manzano no solo en el árbol más bonito del lugar, sino también en el más accesible, para luego, cuando lo escalara, no enredarse con las luces. Con la guirnalda en una mano, utilizó la otra para agarrarse con fuerza a una de las ramas. Luego, saltó de la escalera hasta una rama, para poder colocar la guirnalda lo más alto posible.

Se oyó un crujido seco y luego los gritos de Alioshka, y entonces algo le arañó la mejilla y la vista se le nubló unos segundos. Sintió una punzada de dolor en la espalda y el costado. Además, para colmo de males, todo se le puso negro un momento.

—¡Ay, Dios mío! ¡Kónev! ¡Yurka! Yur, ¿estás bien? ¿Estás vivo?

Ira se había inclinado sobre él tapándose la boca con las manos.

—Estoy vivo —gruñó, incorporándose y llevándose una mano a la espalda—. Menudo golpe... Me duele...

—¿Qué te duele? ¿Dónde te duele? ¿El brazo? ¿La pierna? ¡¿El qué?! ¡¿Ahí?!

—¡Ay, que está rota!

—¿Qué te has roto? Yura, ¡¿qué te has roto?!

—La guirnalda de luces, se ha...

—¡Y qué más da! Lo importante es...

Yurka se puso de pie. Las veinte personas que estaban decorando la plaza principal para la celebración habían rodeado a la víctima y la observaban expectantes. Tras frotarse la palma de la mano malherida, Yurka trató de ocultar el dolor tras una sonrisa. Le preocupaba perder su reputación de hombre valiente e imperturbable. Ya solo le faltaba quejarse de aquel rasguño y que los demás lo vieran como a una bebé llorica. Y no pasaría nada si solo le dolieran la mano y la espalda, pero ¡también se notaba resentido el coxis! No podía admitir algo así, porque solo conseguiría que se rieran de él: «¡Kónev se ha roto el culo!».

—¿Se puede saber qué has dicho? ¿«Y qué más da»? —intervino Olga Léonidovna, la especialista pedagógica sénior. Era fría como el hielo y hacía dos años que se la tenía jurada a Yurka—. ¿Qué significa eso, Irina? ¡Esa guirnalda de luces es propiedad del campamento! ¿Quién va a pagarla? ¿Yo? ¿O quizá tú? ¿Y tú, Kónev?

—¿Qué quiere que haga si las escaleras están cojas?

—Ah, ¡que ahora las escaleras están cojas! ¿Será eso? ¡¿O será culpa tuya por ser un inútil?! ¡Mírate! —Señaló con el dedo el pecho de Yurka—. El pañuelo de un pionero es una de sus posesiones más preciadas, ¡y el tuyo

está sucio y raído, y el nudo, mal hecho! Debería darte vergüenza pasearte así por el campamento, aunque eso no es lo peor: ¡te has presentado así a la asamblea!

Yurka tiró de una de las puntas de su pañuelo de tela roja y lo examinó. Sí, estaba sucio. Pero ¿cómo era posible? ¿Se le había ensuciado al caerse del manzano?

—¡Lo tenía perfecto cuando he ido a la asamblea! —se defendió—. ¡Se me ha estropeado al caerme!

—¡Porque eres un parásito y un gamberro! —Olga Léonidovna escupía saliva mientras hablaba. Yurka estaba estupefacto. Era incapaz de pensar qué responder, de modo que la escuchó en silencio mientras continuaba denigrándolo—. Hace dos años que eres demasiado mayor para seguir en los Pioneros. ¡Ya va tocando que te marches de aquí y entres en el Komsomol! En cambio, mírate: un zoque de dieciséis años al que ni siquiera se le ocurre unirse al Komsomol. ¿O es que no te dejan? ¿Es eso, Kónev? ¿Ni siquiera te lo has ganado? No haces trabajos de servicio público y tus notas son vergonzosas, ¡cómo van a aceptarte! ¡En el Komsomol no aceptan a delincuentes!

Yurka se alegraba de que por fin la especialista se hubiera quitado la careta, ¡y delante de todos!, pero eso último lo sacó de sus casillas.

—¡No soy un delincuente! Es culpa suya que en este campamento todo sea endeble, todo esté viejo. Usted... Usted...

Estaba a punto de perder el control y soltarle todo lo que pensaba de ella. Se puso de pie, cogió aire y se preparó para gritar, pero se reprimió de golpe cuando notó que alguien le presionaba con fuerza la espalda dolorida. Era Ira. Tenía los ojos muy abiertos, y le susurró:

—Cállate.

—¿Por qué no sigues, Yura? —le preguntó la especialista sénior, entrecerrando los ojos—. Continúa. Te escuchamos todos con atención. Y luego llamaré a tus padres y te escribiré una carta de recomendación para que no pises en tu vida el Komsomol, ¡y mucho menos el Partido!

La silueta alta y delgada de Olga Léonidovna se cernió sobre él con el ceño fruncido y chispas de ira en los ojos, con las que claramente pretendía cegarlo, pero no mostraba señal alguna de haber terminado.

—¡Te pasarás la vida fregando suelos! ¡Debería darte vergüenza ensuciar tu apellido de esta manera!

Yura se ruborizó; no tenía ninguna culpa de compartir apellido con el gran general Iván Kónev.

—Pero, Olga Léonidovna, nos indicó que jamás les gritáramos a los niños... —apuntó Ira con tono de reprobación.

Ya estaban rodeados por un gran grupo de personas, pero no dejaban de llegar más al oír los gritos. La especialista pedagógica sénior no solo le estaba echando la bronca a una líder de destacamento, sino también a Yurka, y delante de todos.

—¡Es lo único que este mocoso entiende! —replicó la mujer alta, y luego continuó con sus acusaciones—. ¡El primer día perdió los papeles en el comedor, y ahora se dedica a romper nuestras luces!

—¡Aquello fue un accidente, no era mi intención!

Yurka no pretendía montar aquel alboroto, y menos en el comedor. Mientras limpiaba su plato tras la comida, había roto la mitad de la vajilla del campamento. Se le había caído por accidente encima de una montaña inestable de platos sucios, y luego se había resbalado y

había caído encima de otros platos, que a su vez se cayeron encima de otros, y al final todo terminó en el suelo hecho añicos. El estruendo alertó a todo el mundo. La mitad del campamento se acercó corriendo, pero él se quedó inmóvil, boquiabierto y rojo como un tomate. ¡Lo último que quería era llamar tanto la atención! De hecho, Yura no quería llamar nunca la atención, hasta el punto de que iba a la tienda del pueblo de al lado, no a la que tenían más cerca, para no encontrarse con conocidos. Y ahora esto: se había caído de un árbol y le estaban dando una reprimenda de las grandes por unas bombillas mientras todos lo miraban. Se habían acercado hasta quienes deberían estar haciendo otras tareas. ¡Y solo lo estaban acusando a él de desatender sus obligaciones!

—Olga Léonidovna, por favor, no sea dura con él, es su primera falta —intervino de nuevo Ira—. Yura es un buen chico. Ha madurado desde entonces, ha aprendido, ¿verdad, Yur? No ha sido culpa suya: la escalera estaba coja. Debería ir a la enfermería...

—¡Irina, suficiente! Debería darte vergüenza engañarme a la cara, ¡a una persona que lleva treinta años en el Partido Comunista!

—No, yo no...

—He visto a Kónev saltar de la escalera a la rama del árbol con mis propios ojos, no necesito que me digas nada. ¡Una amonestación sería para ti, Irina! Así aprenderás a no encubrir un sabotaje.

—Pero ¿de qué está hablando? ¿Qué sabotaje?

—¿No te basta con una amonestación? ¿Prefieres dos?

—No, claro que no. Lo que pasa es que Yura... no es más que un niño, al fin y al cabo, y tiene mucha energía. Necesita descargarla de alguna manera...

—¡Un niño, dice! ¡Si mide casi dos metros!

Estaba exagerando, claro: Yurka le rezaba a Dios por acabar siendo más alto que Léonidovna, aunque en la URSS no había dioses. Un metro setenta y cinco, le habían dicho en el examen. Ni un centímetro más, ni un centímetro menos.

—Es un chico creativo, necesita un club un poco más activo. —Ira Petrovna no aflojaba—. Tenemos un grupo de atletismo, ¿sabes, Yura? O, mira, acaba de comenzar un club de teatro, y Volodia necesita más chicos. Por favor, Olga Léonidovna, ¡dele otra oportunidad! Asumo toda responsabilidad por él.

—¿Que asumes toda responsabilidad? —repitió la especialista pedagógica con una mueca que enseñaba los dientes.

Yurka estaba convencido de que aquello era el final, pero de repente Olga Léonidovna se dio la vuelta, miró a Volodia y resopló. En ese momento, él estaba sacando el equipo de sonido del cine para prepararlo para el baile; al oír su nombre, se quedó lívido y parpadeó con nerviosismo.

—De acuerdo. Asumirás toda responsabilidad por él. Y no habrá más advertencias. —Se giró hacia Yurka—. Kónev, si vuelves a meter la pata, los dos responderéis por ello. Eso es, ya me has oído: Irina será castigada por tus errores. Quizá así consigamos hacerte entrar en vereda. —Acto seguido, bramó—: ¡Volodia!

El líder de destacamento dio un paso atrás, como si tuviera miedo, pero entonces miró de reojo a Yurka y, en un instante, todo en él cambió por completo: recuperó el color de la cara, cuadró los hombros y se acercó a paso firme hacia la instructora.

—Dígame, Olga Léonidovna.

—Tienes un actor nuevo. Asegúrate de que no se

pasa el día mano sobre mano cuando necesites ayuda con el club de teatro. Vamos a ampliar las responsabilidades de Kónev. Quiero informes diarios sobre sus progresos.

—Entendido, Olga Léonidovna. Kónev..., te llamas Yura, ¿verdad? Tenemos ensayo en el cine justo después del aperitivo. No llegues tarde, por favor.

«Taaaaarde», pensó Yurka, mofándose del acento moscovita de Volodia y la característica de arrastrar las aes. Aunque, en realidad, Volodia tenía una voz bonita. Era algo más grave que la de un barítono estándar, aterciopelada y agradable, pero nada cantarina ni entrenada. Sin embargo, a Yura le resultaba extraña esa forma pretenciosa de arrastrar las aes, así como su tono serio le parecía algo molesto.

De cerca, el líder de destacamento ya no parecía asustado, sino todo lo contrario. Cuando Volodia se acercó a Yurka y este pudo observarlo con detenimiento, le pareció una persona totalmente distinta: con decisión, se agarró las gafas con ambas manos y se las colocó en el puente de la nariz, y entonces alzó la barbilla y le miró con un cierto desdén. Mientras, Yurka, que le llegaba a Volodia por la nariz, daba golpecitos en el suelo con uno de los talones.

—Entendido. Seré puntual —respondió.

Volodia asintió y desvió la mirada hacia unos críos que toqueteaban los cables de los altavoces. Echó a correr hacia ellos gritando:

—¡Oye, ¿qué estáis haciendo?! ¡Esos cables son para el equipo de sonido!

Yurka le dio la espalda. La pista de baile zumbaba como una colmena alterada. Los pioneros reemprendieron sus tareas, todas distintas: colgar cosas, arreglar

otras, pintar, lavar, barrer... Y detrás de Yurka, en la concha acústica, oyó el roce de la cuerda mientras los niños se preparaban para colgar la pancarta que en ese momento ocupaba el suelo del escenario. San Sanich, el administrador de las instalaciones, bramó:

—¡Tirad!

La cuerda se tensó y la tela ancha y roja cubierta de letras blancas se elevó por encima de su cabeza. Yurka resopló, se tiró de la punta raída de su pañuelo de pionero y recitó en voz alta y con desprecio las palabras:

—¡Cuando te anudes el pañuelo, hazlo con actitud severa, pues tiene el mismo color que nuestra espléndida bandera!